



15/09/1998 VIAJE OFICIAL A COLOMBIA

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL CONGRESO DE LA REPÚBLICA

Bogotá, 15-09-98

Señor Presidente, señoras y señores parlamentarios,

Quiero, en primer lugar, agradecer al Presidente, agradecer a todos los parlamentarios de Colombia, a su Congreso, esta distinción que tanto me honra: la Orden del Congreso y la Orden de la Democracia. Me honra muy especialmente; se lo agradezco, y quiero decirles que han sido ustedes muy amables y muy generosos conmigo.

Quiero también que mis primeras palabras sean de recordatorio. Sé que en esta Cámara falta un parlamentario, falta un compañero suyo, Jorge Humberto González Noreña, que ayer fue asesinado. Me gustaría también recordarle y que ese recuerdo fuese, una vez más, una llamada en favor de la tolerancia, de la paz, de la libertad y de la convivencia para todos.

Sabe usted, señor Presidente; saben ustedes, señoras y señores parlamentarios, que normalmente este tipo de actos, que no son muy habituales, suelen prepararse diplomáticamente con mucho cuidado, y uno está sujeto a la tentación, a veces a la obligación, de leer textos muy cuidados, muy pulcros, que han sido trabajados por muy inteligentes colaboradores a lo largo de varios días. Me van a permitir que les diga que yo no lo voy a hacer; no lo voy a hacer sabiendo que estoy hablando a la representación soberana del pueblo de Colombia, pero sabiendo que estoy hablando también a colegas parlamentarios de un parlamentario español ya con dieciseis años de ejercicio.

Sé que asumo algunos riesgos al hacer esto. Asumo riesgos ante los colaboradores, que quiero disipar de entrada, porque la sustancia del discurso será respetada; asumo riesgos ante los medios de comunicación porque, si tienen un texto que ya conocen y han escrito algo sobre él o comentado algo sobre él, pueden sentirse defraudados, y también les quiero tranquilizar porque la sustancia será respetada; y asumo también riesgos ante el Congreso de Colombia, que, sin duda, es el riesgo que más me importa.

Pero les quiero decir que espero que estas palabras las entiendan todos ustedes, desde la amistad y desde la fraternidad (...)

He podido conocer la belleza histórica de Cartagena de Indias, he podido conocer Santa Marta, he podido estar en la Sierra Nevada; vengo con las seguranzas a las que se refería el Vicepresidente de la Cámara. Estoy en Santa Fe de Bogotá. He podido rendir homenaje al Libertador, tanto aquí, delante de este edificio, de esta Asamblea, como en la casa donde pasó sus últimos días y donde murió, y quiero decir que lo que más deseo expresar es un vivo mensaje de futuro y de confianza en Colombia. Lo digo con toda sinceridad y lo digo, no solamente como Presidente del Gobierno de España, sino como amigo de Colombia.

Tenía mucho interés en realizar este viaje, tenía un interés profundo en hacerlo, y esto sí que se prepara con mucha antelación. Y antes de las últimas elecciones democráticas,

escrupulosamente realizadas en la tradición democrática colombiana, este viaje estaba previsto y este viaje se ha realizado.

Nosotros hemos apreciado desde España por mucho tiempo lo que es la tradición democrática de Colombia, y aquí es un sitio en el que podemos hablar y debemos hablar, entre nosotros y ante el pueblo y la nación colombiana, de libertad, de democracia, de derechos humanos, de respeto, de futuro, de trabajos en común. Eso es lo que yo espero de esta sesión y ése es el mensaje fundamental que, en gran medida, yo quiero trasladarles.

Podría hablar de todas esas cosas, podría hablar de todas esas bellezas que he visto, podría hablar de nuestra historia; pero, sobre todo, de lo que quiero hablar es del futuro. Ninguna nación del mundo hoy puede vivir sola y aislada, ninguna. Tenemos problemas que somos incapaces de resolver por nosotros mismos: el terrorismo, el narcotráfico, los problemas medioambientales, los problemas económicos; todos trascienden nuestras fronteras. Cometería un error, en mi opinión, imperdonable cualquier nación que, ante los problemas que tuviese que afrontar, no solamente tuviese la tentación, sino cayese en la tentación, de vivir aislada del mundo.

A veces, los cambios en todas las épocas producen reservas, producen temores, producen miedos. Es verdad que todos nos tenemos que enfrentar a muchos problemas; pero yo les quiero decir que hoy no es éste el momento ni de reservas, ni de temores, ni de miedos, sino de aprovechar las oportunidades que tenemos delante de nosotros plantándoles cara con determinación, con coraje, con valor y con decisión de ganar esas batallas, y de ganar y de superar los problemas que tengamos planteados.

Nadie en el mundo de hoy, ante el fenómeno terrorista, puede luchar contra él sin la colaboración de todos. Nadie puede aspirar en el mundo de hoy a construir paraísos económicos al margen de lo que es una economía globalizada. Nadie puede pensar que los grandes problemas medioambientales, de violencia, o los problemas económicos, sociales o morales vinculados al narcotráfico pueden resolverse sin la colaboración de todos.

Hoy el mundo consiste en compartir. Se comparten responsabilidades políticas en grandes organizaciones internacionales, se comparten responsabilidades de seguridad en grandes organizaciones en la seguridad, se comparten responsabilidades y soberanías económicas en grandes agrupaciones económicas. ¿Qué son, si no, los procesos de integración económica en el continente americano, o el proceso de creación de una Europa unida, incluso con una moneda única, sino compartir una soberanía para poder responder más eficazmente a los retos del futuro? ¿Qué es, si no, el concepto de la seguridad global que nos afecta a todos? ¿Qué es, si no, la aspiración a un orden económico civilizado, no salvaje, que permita que los esfuerzos económicos sean tratados razonablemente por todas las naciones y atendidas justamente las demandas de las naciones, y especialmente de las más necesitadas? ¿Qué son, si no, todos los esfuerzos de esos conceptos de la cooperación y del desarrollo, en lugar de los viejos conceptos del enfrentamiento y de la confrontación?

Hoy el mundo espera esas respuestas, y esas respuestas son las que nosotros le tenemos que dar. Esas respuestas las podemos hacer nosotros, españoles y colombianos, y las hacemos ya bilateralmente, en una muy estrecha relación política, en una estrechísima relación económica, en un aliento de futuro sobre el cual estos días hemos trabajado; pero, sobre todo, también la compartimos en lo que es el ámbito de la Comunidad Iberoamericana de Naciones.

Dentro de poco, en Oporto, tendremos una nueva reunión de Jefes de Estado y de Gobierno de la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Tendremos la oportunidad de seguir trabajando por la mejora de la situación en nuestros países, políticamente,

económicamente, socialmente. Tendremos que mandar mensajes, hoy, al mundo y a todas nuestras naciones de lo que son las consecuencias de la actual crisis financiera en el mundo, y de cómo podemos abordarla de la mejor manera y del modo más razonable y positivo para todos. Tendremos que establecer nuevas pautas de cooperación y de colaboración cultural que sean útiles para todos nosotros.

Tenemos raíces comunes, tenemos problemas comunes, tenemos aspiraciones comunes, tenemos culturas comunes y ahora, sobre todo, tenemos en esa Comunidad un gran trabajo común.

Antes de venir a este Congreso, yo le decía a una representación muy importante de empresarios españoles y colombianos que Colombia y el continente americano, y especialmente Iberoamérica, no solamente son tierra de presente sino que también son tierra de futuro. Y van a ser tierra de futuro, porque estas tierras hicieron esfuerzos muy grandes en favor de su estabilidad política y de su estabilidad económica.

Quien mire los países iberoamericanos hace diez años y los mire ahora verá unas diferencias absolutamente sustanciales y fundamentales. Eso es lo que yo siempre en política llamo "cumplir los deberes". Y los deberes se han cumplido sustancialmente, razonablemente, de un modo correcto.

Ahora, de lo que se trata es no solamente de seguir cumpliendo esos deberes, sino de extender hacia el futuro esa capacidad política y esa capacidad económica que han demostrado las naciones iberoamericanas y que en este caso, muy especialmente, ha demostrado Colombia; que nunca ha dejado su estabilidad; que nunca ha dejado su credibilidad; que nunca, por lo tanto, ha abandonado o se ha abandonado a las políticas fáciles, sino, más bien, al cumplimiento de lo que eran sus obligaciones y sus deberes nacionales e internacionales.

Si esto es así, yo les quiero decir que quiero compartirlo con todos ustedes. Y es así, y lo queremos compartir con la nación colombiana. Pero yo, sobre todo hoy, además de todo esto, porque ustedes conocen bien lo que es la presencia española aquí, que es una presencia estable, estratégica; que es una presencia para compartir con nuestros amigos colombianos, y que deseamos compartir en España con nuestros amigos colombianos. Y que deseamos que la Unión Europea e Iberoamérica compartan cada vez más cosas, en lo que son las respuestas al mundo de hoy.

Pero yo les quería hoy hablar, sobre todo, de los anhelos del pueblo colombiano; de los anhelos y del camino de la paz.

Yo vengo de un país, que muchos de ustedes conocen muy bien, que hace poco más de sesenta años se desangraba en una guerra cruenta. Los españoles de entonces se enfrentaron unos contra otros, en una de las contiendas más crueles que se han conocido y, sin duda, en uno de los momentos más tristes, más bajos, de la historia de España, porque es difícil encontrar un momento tan triste como aquel en el que los compatriotas se enfrentan unos con otros.

Después de muchos años, llegó un momento en el que los españoles tomamos la decisión, cuando pudimos, pero la tomamos, de construir un futuro en común, todos juntos. Hace veinte años promulgamos nuestra Constitución, que es una Constitución de consenso, de concordia, de tolerancia. Veinte años después, España es una democracia consolidada, moderna, abierta; que incluso su transición se pone como ejemplo en muchos países, y que su funcionamiento, en el respeto a las instituciones, al Estado de Derecho, al imperio de la Ley, a lo que es, en todo caso, el respeto a los demás; el considerar siempre al contrario como un adversario; el considerar siempre la obligación de la tolerancia, de la comprensión, del diálogo, como elemento fundamental de la vida política; nos ha servido para recuperar vigor histórico y proyectarnos hacia el futuro.

Vengo de esa España, que hoy ven, y ven los colombianos, con nuevos bríos históricos y renovados. Y vengo también de un continente, del continente europeo, que ha sabido recuperarse después de las cenizas generadas por dos conflagraciones mundiales. Cincuenta años consecutivos de paz como ha habido en este momento, jamás en toda la historia de Europa, en cualquier siglo de la historia.

Y ese factor, que es un factor también de saber compartir en un ámbito nuevo de creación, es algo que también nosotros deseamos compartir con nuestros amigos iberoamericanos.

Todo nace del factor positivo, del factor real, de la paz. Yo sé que los colombianos anhelan la paz y la paz tiene muchos requisitos. Permítanme que yo me acoja a las palabras de un poeta clásico, que no hablaba nuestra lengua pero que era muy bueno -- por poeta y también por clásico--, cuando decía "si quieres mostrar tu valor, envaina tu espada". Pues yo lo que quiero decir es que la primera determinación de la paz es ésta: quien quiera demostrar su valor y caminar por la paz, que empiece por envainar su espada.

No hay ninguna razón hoy en el mundo para que ningún conflicto ideológico soporte, de ninguna manera, un conflicto; no la hay. No la hay en absoluto, desde que ningún país que no quiera voluntariamente hacerlo está sujeto a ningún tipo de tiranía ideológica de las que fomentaban las confrontaciones y los enfrentamientos.

Pero sabemos todos, saben ustedes muy bien, que la paz es mucho más que un impulso del momento; es mucho más que una acción política. Yo sé bien lo que España ha contribuido y va a seguir contribuyendo a los anhelos de paz de los colombianos. Lo hace abiertamente. Como he dicho en alguna ocasión, España está a disposición de Colombia. Lo que podamos hacer por la paz en Colombia lo vamos a hacer sin ningún tipo de duda ni vacilación. Lo hemos hecho ayer, lo estamos haciendo hoy y estamos dispuestos a hacerlo mañana.

Sé muy bien los nuevos impulsos que se han puesto de manifiesto en el proceso de paz. El llamado "Plan Pastrana", la iniciativa de paz, bien merece la pena, en mi opinión, señoras y señores parlamentarios, ser alentado y respaldado. Reúne las características de un plan hacia delante, hacia la paz, puesto en marcha con coraje, con determinación y con riesgo; reúne las condiciones de lo que es la colaboración internacional a la hora de buscar esos factores positivos y activos de paz, y reúne también el buen diagnóstico, al que se refería el Presidente de este Congreso, sobre lo que significan las necesidades de cambio social, de cambio económico, en tantas zonas abatidas por el conflicto.

Yo quiero decirles que España está dispuesto a ello, y quiero que lo conozca el Congreso de Colombia. En las conversaciones que he tenido con el Presidente Pastrana hemos hablado de nuestra colaboración bilateral en este punto y de la disposición española; hemos hablado de los movimientos que puede hacer España, de acuerdo con Colombia, en el orden internacional, para que los pasos que se puedan dar por la paz sean respaldados por la comunidad internacional de una manera cada vez más decidida. Respaldamos plenamente la creación de los fondos que sirvan para incrementar la inversión y los cambios que son necesarios en las zonas de conflicto.

Como decía ayer, y quiero repetir ante ustedes, si alguno de esos fondos pudiese ponerse en marcha dentro de cuarenta y ocho horas, dentro de una semana, dentro de quince días; dentro de cuarenta y ocho horas, de una semana o de quince días, España está en condiciones de participar en ello y de apostar en ello lo que sea necesario, en función de los intereses colombianos.

Pero para mí lo más importante es la voluntad de todos los colombianos; que ese impulso nazca de una gran convicción profunda de los colombianos y de una voluntad real de fuerzas políticas, de responsables sociales, de responsables económicos. No

hacen la paz sólo los Gobiernos; hacen la paz los seres humanos. La paz la hacen los Gobiernos, y los empresarios, y los Parlamentos; pero la hacen los seres humanos. La paz no solamente consiste, aunque sea su principio, por envainar la espada; sino la paz, duradera y estable, consiste, y de ahí la importancia de la colaboración, en crear las condiciones de la paz.

Las condiciones de la paz nacen de los valores morales a los que yo antes me he referido, del respeto a los derechos humanos, del valor de la comprensión y de la tolerancia, y nace también el valor moral inapreciable que debe sentir todo corazón que desea la paz de querer hacerla y de contribuir a que las causas profundas, si hay causas profundas, sociales, económicas, que todavía justifiquen en algún grado el conflicto, puedan ser razonablemente, rápidamente, superadas.

La paz, al final, consiste en eso: en capacidad de entendimiento, de comprensión, de respeto y de tolerancia; consiste en una gran voluntad. De nada vale ningún plan si no hay voluntad de hacer la paz.

Para eso yo les quiero decir que, en la experiencia que tenemos de otros procesos de paz en otros países --yo tuve la fortuna de asistir a la firma de la paz en Guatemala, por ejemplo--, los amigos son importantes. Por lo tanto, mi única aspiración es que ustedes nos tomen como lo que somos: como sus amigos también a la hora de hacer la paz; amigos a los que se puede llamar, amigos con los que se puede contar, amigos con los que se puede trabajar, porque, al final, también la paz es convertir una trinchera en un campo que siembra cultivos de futuro; es transformar un cuartel, si es necesario, en una escuela; es transformar dinero tirado en el conflicto en posibilidades de futuro para una nación.

Yo reflexionaba estos días, viniendo a Colombia, sobre datos que me parecen esenciales, y ayer lo recordaba un poco. Son ustedes una gran nación histórica; tienen un gran territorio, más del doble de España; tienen cuarenta millones de habitantes; tienen unos sistemas democráticos consolidados. Han dado ustedes, con muchas naciones iberoamericanas y mundiales, muchas lecciones de ejercicio democrático. Tienen unas riquezas naturales y humanas capaces de afrontar los problemas del futuro. Permítanme que yo plantee una cuestión en voz alta en este Congreso: ¿qué podría hacer Colombia si no estuviese asfixiada por un conflicto? ¿Qué no podría conseguir Colombia? ¿Qué objetivo no estaría al alcance de Colombia si fuesen ustedes, si fuésemos capaces de superar esa situación?

Yo creo que ésa es la primera obligación, y es el primer llamamiento y la primera obligación a hacer también a aquellos que todavía no sienten lo suficientemente fuerte la llamada de la paz.

Yo espero que todos esos trabajos que ahora se encaminan, que todos esos trabajos que se lanzan para adelante, que aquello que permite cambiar las condiciones de vida de los pueblos y afrontar con nuevos objetivos las posibilidades de las naciones, sean puestos en marcha lo más rápidamente posible y concluyan con el éxito.

Hará falta mucha determinación, hará falta mucho coraje y hará falta aguantar. Lo más difícil no es empezar una tarea; lo más difícil es culminarla. Y no hay tarea que se gane sin lo más difícil, que es saber hacerla todos los días, cotidianamente todos los días. Y la paz, y la paz estable, se hace y se consigue entre todos todos los días.

Yo les quiero animar a ello, y les quiero respaldar sus esfuerzos y su tarea. Y les pido que estén todos unidos en esa tarea y que la nación colombiana sepa expresar todo lo que lleva dentro en grandes posibilidades, en grandes esfuerzos, en grandes objetivos de futuro.

Es para eso para lo que yo les ofrezco toda la colaboración y la cooperación española. Es para eso en lo que nuestras ambiciones, nuestros sueños y nuestros objetivos quiero que sean como los suyos: sus sueños, sus objetivos, sus convicciones, sus aspiraciones. Un grandísimo poeta colombiano, José Asunción Silva, que murió muy joven, para desgracia de Colombia y para desgracia de los amantes de la poesía, las dos cosas, y también para desgracia de él, probablemente, porque morir a los 31 años en ningún caso es grato, dejó, dejó un verso, unos versos muy bonitos, en los cuales hacía referencia a que las lágrimas pueden aparecer siempre en los versos de un poema. Permítanme que les diga que el gran poema de Colombia ahora lo pueden ustedes hacer de un modo nuevo, renovado y, si ustedes me permiten, casi definitivo. En ese gran poema de Colombia, habrá distintas estrofas y en esas estrofas, en cada verso, podrá ver y haber lágrimas. Lo que yo quiero compartir con todos ustedes es que las lágrimas de esos versos del gran poema de Colombia no sean lágrimas de dolor, ni de guerra, ni de frustración; sino lágrimas de paz, de esperanza y de futuro. Gracias.